



La ideología y el ideólogo del Nacionalpopulismo:

Joaquín Costa

Fernando López Agudín

SABIDO es que la obra de todo pensador no queda nunca limitada a las intenciones explícitas o implícitas que expone o deja de entrever; por el contrario, una vez finalizada e incluso en el transcurso de su elaboración, queda expuesta a las interpretaciones, análisis o a las apropiaciones y polémicas. La historia está repleta de contradicciones, paradojas, interpretaciones debidas o indebidas y no es necesario traer a recuerdo ejemplos más o menos ilustres para argumentar esta afirmación; más de uno, pretendiendo descubrir una nueva ruta hacia las indias intelectuales o sociológicas, ha desembocado en un descubrimiento que no entraba de ningún modo en sus cálculos o intencionalidades. Y uno de los mejores ejemplos de esta constatación es la controvertida personalidad de ese gran desconocido, como lo califica con exactitud su biógrafo más conocido, Cheyne, que fue Joaquín Costa; ya en 1930 otra biografía, que ha pasado más desapercibida, elaborada por Dionisio Pérez llevaba un título que resume todas las interrogantes sobre este pensador: «El enigma de Joaquín Costa. ¿Revolucionario? ¿Oligarquista?».

La pregunta no guarda ningún misterio para Enrique Tierno Galván, sin duda alguna el mejor analista de la figura y obra del intelectual aragonés, que en un conocido ensayo editado hace más de veinte años tipifica la mentalidad y personalidad de Costa como la de un prefascista español; tampoco para otros ensayistas de menor monta y valía intelectual que han llegado a considerarlo como un pionero del socialismo español. Esta ambivalencia del pensamiento costista, que lo mismo sirve para un roto fascista que para un descosido socialista, refleja a la perfección la base social en la que nace el autor y el soporte sociológico de su tentativa política de crear un movimiento

nacional, superador de los partidos políticos, que gestara el cirujano de hierro capaz de salvar a España de la postración del tinglado de la restauración canovista.

Y es que este coro de lamentaciones, este crujir de llantos y lágrimas, que son las denuncias costistas, sintetizadas en este «mal negocio» que supone ser del pueblo español, expresa la situación social y política de la pequeña burguesía española en un momento de auge de la gran burguesía y de ascenso orgánico de la clase obrera; cogida en un «sandwich» entre las dos clases fundamentales de cualquier sociedad la pequeña burguesía, sobre todo, su importante fracción agrícola o rural, habla por la boca, el cerebro y las manos de este pensador aragonés. Más aún, la dramática enfermedad de Joaquín Costa, parálisis progresiva de los músculos, casi traduce con exactitud la parálisis histórica de la pequeña burguesía ante una situación social en la que no tenía ni voz ni voto decisivo; de ahí que la obra de Costa sea releída por el fascismo o por los socialistas en la medida que esta clase social deriva hacia la tentación autoritaria del cirujano de hierro, o hacia el electorado socialista, según los distintos momentos históricos y las diversas fases socioeconómicas.

Un origen social determinante

Pocos hombres en el período final del siglo pasado e inicial del presente, etapa temporal que cubre la biografía de Joaquín Costa, están tan atados y bien atados durante el resto de sus vidas al medio social en el que nacieron como este político aragonés. Nacido el 14 de septiembre de 1846 en Monzón, provincia de Huesca, en una familia de pequeños campesinos, nunca dejará de estar

ligado a su origen social: «desde los seis a los diecisiete años lo pasé en Graus donde el pun-donor me ha hecho beber hasta las heces del cáliz de la amargura. No me detendré en trasladar aquí estos años que tristes y lentos han pasado para mí. No podía sufrir ya por fin lo que había sufrido», escribe en su diario personal («Joaquín Costa, el Gran Desconocido». George Cheyne. Ariel).

La casualidad, encarnada en la figura de un familiar que necesitaba un criado para distintos fines, hace que se traslade a Huesca, donde trabaja en una pluralidad de oficios, estudia en el Instituto General y Técnico de aquella ciudad y funda con algunos amigos el Ateneo Oscense. Tres años más tarde gana un concurso convocado por el Gobierno para seleccionar «doce artesanos discípulos observadores de la Exposición Universal de París» con el número once. Tras nueve meses de estancia en la capital parisina, que fueron de indudable importancia en su preparación y formación intelectual, regresa a España; más concretamente, a Madrid, donde se dedica a la profesión de la enseñanza en el Colegio Hispano Americano de Santa Isabel. Intermitentemente combina su nueva residencia con períodos en Huesca, donde se gradúa como bachiller en Artes y gestiona algunas que otras ayudas económicas; hasta que en los primeros meses de 1870, angustiado por su carencia de recursos económicos, decide optar entre el suicidio o el ingreso en la orden religiosa de los benedictinos. Afortunadamente para él no es admitido y superada la crisis personal en la que se debatía, opta por seguir malviviendo en la capital a la vez que estudiando en la universidad madrileña.

Perfil económico y social que hay que doblar con los primeros y tempranos síntomas de una grave enfermedad, atrofia muscular progresiva, que lo iba reduciendo en sus

movimientos de un modo lento, pero irreversible. A la frustración de su origen social hay que unir la frustración por la mala pasada que le hizo la naturaleza, y a la humillación por su marginalidad sociológica hay que unir un sentido del ridículo acusado por su deformidad física: en suma, todo empujaba al joven Costa hacia el estudio y hacia la toma de conciencia política sobre la incapacidad política del medio social del que paulatinamente iba a transformarse en exponente de sus intereses.

La experiencia universitaria

No menos aleccionadora iba a ser para él la experiencia universitaria por cuanto reflejaba en sus aulas la estructura oligárquica de la sociedad española: Joaquín Costa salió de la Universidad con una toma de posesión antioligárquica mucho más acusada y consolidada que la que tenía cuando comenzó sus estudios de Derecho en el Caserón de San Bernardo en octubre de 1870. Ambas licenciaturas las tuvo que retrasar por no tener fondos; así terminó oficialmente más tarde de lo que realmente terminara. E inmediatamente después, en 1874, consigue la plaza de profesor de Universidad, aunque sólo en la categoría de supernumerario. Pero el advenimiento del primer Gobierno de la Restauración, que revalidó una antigua ley de 1857 que requería al profesorado universitario a que sometieran a aprobación gubernamental sus programas de enseñanza, provocó la dimisión de Joaquín Costa a los nueve meses de haber conseguido este puesto.

Tras conseguir sacar adelante otra oposición, la de oficial letrado de la Administración Económica en Cuenca, prepara el premio extraordinario del doctorado de Filosofía y Letras en competencia con Marcelino

Menéndez y Pelayo. A pesar de que se ciñe con brillantez al tema de concurso —«Doctrina Aristotélica en la Antigüedad, en la Edad Media y en los Tiempos Modernos»— y de que su oponente se limitó a una exposición de bibliografía aristotélica, los jueces dictaron conceder el premio a Marcelino Menéndez y Pelayo en un acto de abierta injusticia e imparcialidad: «lo que sabían era que Menéndez y Pelayo era ultramontano y pidalino y que yo era krausista. Menéndez Pelayo hizo su disertación sobre materia distinta de lo que el tribunal había señalado por tema del concurso u oposición, y lo había confesado paladinamente con palabras expresas al final de su trabajo. Dar por bueno ese sistema equivale a autorizar el que uno lleve un trabajo preparado de meses, que sirva para toda clase de ejercicios».

Poco después se presentaba a las oposiciones para la cátedra de historia de Madrid y volvió a ocurrirle lo mismo: sólo consiguió ser colocado en una terna de aspirantes que posteriormente el ministerio podía designar para cubrir o no las vacantes. Ante ello renuncia a figurar en ese trío: «mi dignidad me prohibiría recibir por gracia lo que no he sabido conquistar por el estudio». No escarmentado reitera su presentación a nuevas oposiciones para las cátedras de derecho político y administrativo; sólo consigue figurar en la dichosa terna que una vez más vuelve a rehusar: «en tiempos de moderados los dignos tienen que renunciar a las cátedras». Finalmente es en la recién creada Institución Libre de Enseñanza donde Giner de los Ríos ofrece a Costa un puesto como profesor.

Los primeros pasos políticos

Una vez consolidada su situación profesional, junto al

trabajo en la Institución sacó las oposiciones a notario, Joaquín Costa empieza a manifestar los primeros síntomas de una decisiva inquietud política; es, sin embargo, con un tema colonial cuando comienza a dar sus primeras señales de vida política como africanista: en marzo de 1882 pronunció una conferencia destacada sobre el «Comercio español y la cuestión de Africa» y al año siguiente organizaba el Congreso español de Geografía Colonial y Mercantil, donde trazó las líneas de la actuación de nuestro país en la hora del reparto europeo de las posesiones coloniales del continente africano. Mucho más tarde, en los trágicos sucesos de 1909, Joaquín Costa había cambiado por completo de planteamiento siendo uno de los principales defensores del abandono de Marruecos: «Hace veinte años aún era tiempo de pensar en Marruecos, pero me dejaron solo. Lo mejor que ahora podríamos hacer es abandonar esa estrecha zona, abrupta y estéril, que jamás compensará a España de la sangre y los tesoros que va a costarle.» Así de ser uno de los pioneros del colonialismo español en el norte de Africa, pasó a ser uno de los pioneros del abandono de las posiciones coloniales que los españoles venían manteniendo contra viento y marea.

Va a ser, no obstante, un tema relacionado con su trabajo profesional como notario quien le va a proporcionar la ocasión de librar una primera batalla política tras su primera derrota en las elecciones municipales de Graus en el año 1893: el célebre pleito de la Solana. El testamento inicial de Francisco Bustillo nombraba como fiduciarios a tres sacerdotes y el testamento posterior declaraba como heredero universal a su administrador, si bien ordenando que se considerara al primero como parte integrante del segundo. Cuando el citado administrador intentó desposeer a los tres sa-

cerdotes, Costa intervino con éxito evitándolo, pero cuando más tarde los tres religiosos vendieron a su obispo prior todas estas propiedades por una cantidad muy pequeña, Joaquín Costa volvió a intervenir defendiendo la propiedad de los habitantes de la Solana. A partir de aquí los folletos jurídicos-políticos sobre este tema se sucedieron: «Sobre el fideicomiso Bustillo de la Villa de la Solana», «Joaquín Costa a las personas honradas», etc., en los que arremetía contra el caciquismo.

Casi coincidiendo con este conflicto, este pleito no fue de-

finitivamente resuelto hasta el año 1957, Joaquín Costa decide, una vez más, presentarse a las elecciones de 1896 por Barbastro; desde la plataforma de la Cámara Agrícola del Alto Aragón, de la que era presidente, intentó aglutinar a la masa social del campesinado medio y pobre en base a un programa electoral que resumía sintetizadamente sus intereses sociopolíticos. Tampoco en esta ocasión tuvo éxito porque fue derrotado por el candidato Lorenzo Alvarez Capra, conocido arquitecto madrileño; aunque ya en esta ocasión su candidatura fue boicoteada

por los círculos caciquiles de la comarca, como en Monzón donde una banda de música tocara continuamente sus partituras mientras hablaba el político aragonés.

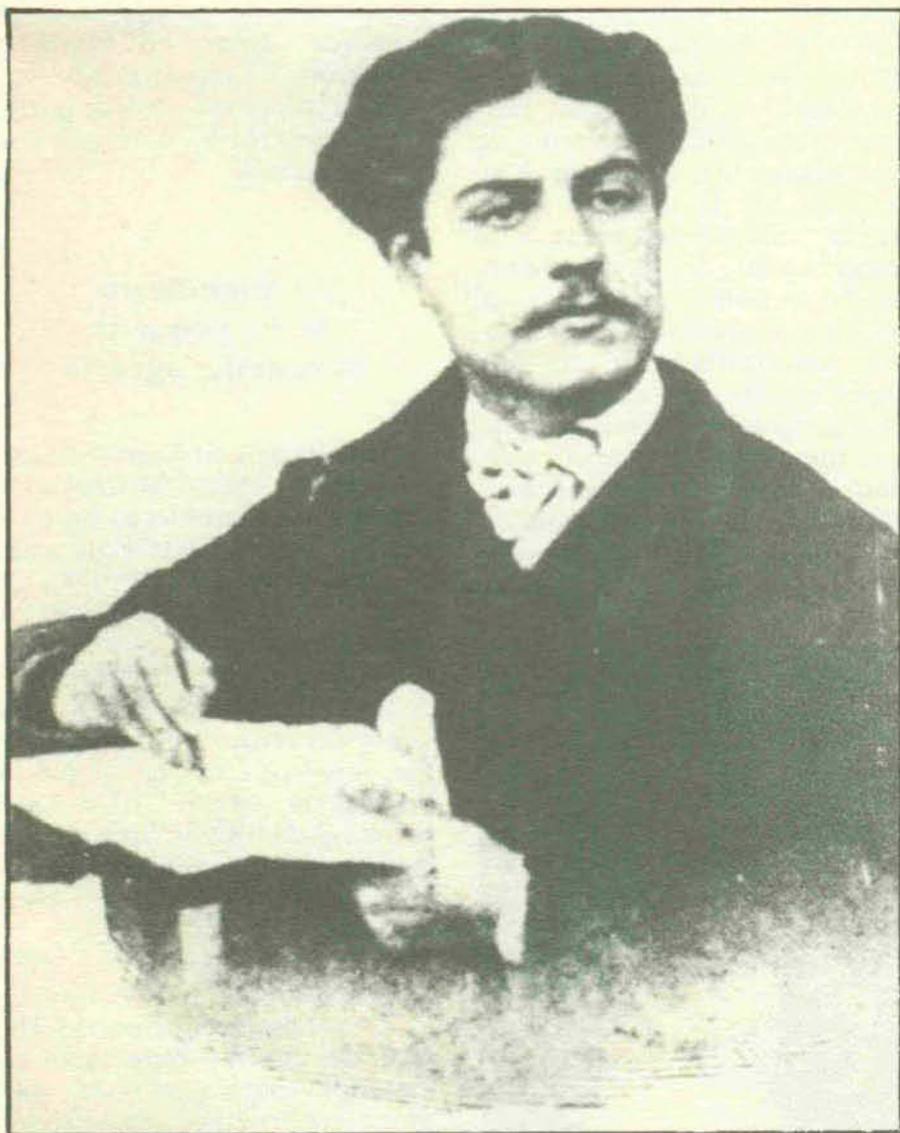
El manifiesto de la pequeña burguesía agraria

Pero lo más destacado de esta aventura electoral fracasada reside en el manifiesto programa que lanza desde Barbastro el primero de abril de 1896; en él no hace ninguna concesión a la retórica ni a los clisés generalizadores, algo bastante frecuente en la época, y aborda la situación crítica del país desde los intereses de la pequeña burguesía agraria. En este mensaje de 1896 Costa recoge las líneas fundamentales de sus tesis sobre la reconstrucción nacional:

1. Formación de un plan general de canales de riego.
2. Construcción por el Estado de una red muy basta de caminos «para que pueda llegarse con ruedas a casi todos los pueblos de la península».
3. Adquirir a toda costa mercados para la producción agrícola de nuestro país y especialmente al mercado de Francia para los vinos en las condiciones del tratado de 1882.
4. Reforma del régimen hipotecario vigente.
5. Suspensión absoluta e inmediata de la venta de bienes propios de los pueblos, poniendo término a la desamortización civil tan desastrosa para los lares menesterosos.
6. Autonomía administrativa de los municipios.
7. Como criterio general del Gobierno en lo administrativo y financiero, adaptación de los servicios públicos y consiguientemente del presupuesto nacional de gastos a la pobreza del país que no es transitoria, sino irremediable y constitucional, por lo montuoso de



Casa de la plaza de Creche, en Gaus, donde vivió Joaquín Costa de niño.



Joaquín Costa en 1875.

su suelo y la irregularidad y abrasado de su clima.

8. Codificación del Derecho Civil Aragonés.

9. Establecimiento urgente del seguro sobre la vida, socorros mutuos y cajas de retiro para los labradores y braceros del campo, menestrales y comerciantes en toda la nación, por iniciativa del Estado y bajo su dirección y patronato.

10. Mejora de la instrucción primaria.

11. Justicia a Puerto Rico y Cuba en todos los órdenes, político, económico y administrativo, poniendo término breve a cualquier precio que no sea el del honor, a una guerra que amenaza durar muchos años y que representa para España una sangría suelta por donde

se le escapa la poca vida que le queda.

12. Atención intensa y sostenida a los intereses mercantiles de España y su raza y civilización en el mundo, apretando cada vez más los lazos morales que la unen a Méjico, Chile y demás naciones hispanoamericanas con la mira de una federación o de una alianza que reprima el instinto invasor y absorbente y contenga los rápidos avances de la República norteamericana; acudiendo con Portugal a salvar algo del porvenir de sus posesiones del Africa Austral, que sin eso acabarán de perderse irremisiblemente en pocos años; y haciendo causa común con Francia en lo que toca a sus problemas, tan vitales para nuestra nación, que se encierran en es-

tos dos conceptos geográficos políticos, Marruecos y Egipto.

Costa no salió diputado, pero se lanzó ya a la política activa pidiendo hechos y exigiendo de la pequeña burguesía agraria, que él denominaba como clases neutras, la movilización en defensa de sus intereses. La Cámara Agrícola del Alto Aragón, creada al calor del Decreto del 14 de noviembre de 1890, e inspirada por el propio Joaquín Costa, es el primer órgano social desde donde este político hace política al margen de los partidos políticos y de las formas de representación nacional bastardeadas por el caciquismo. Aunque no se plantea el problema del poder, en un primer momento trata de presionar sobre el poder a través de la puesta en marcha de los diferentes colectivos sociales de tipo corporativista o gremialista, no tarda poco después de redactar este manifiesto en aludir a la necesidad de la dictadura en otro célebre texto costista: «Necesitamos en el Gobierno impersonales Bismarks sujetos en San Francisco de Asís, con más de San Francisco que de Bismark.»

La experiencia política que ha alcanzado le lleva a la conclusión de que necesita establecer una alianza política con otro sector social próximo; de lo contrario, la burguesía agraria carecería de capacidad de presión mínima para ser tenida en cuenta por la oligarquía y el proletariado, que de un modo progresivo empezaba a desarrollar las organizaciones políticas y sindicales que había logrado crear casi un cuarto de siglo antes. Y esta conclusión le conduce, asimismo, a la necesidad de tener que hacer política tanto en el plano orgánico, dar un nuevo paso adelante en la constitución de un esquema representativo de los intereses agrarios, como en el plano de la práctica política, buscar aliados con los que coincidir programática y políticamente. De este modo el camino queda desbrozado para que Joaquín

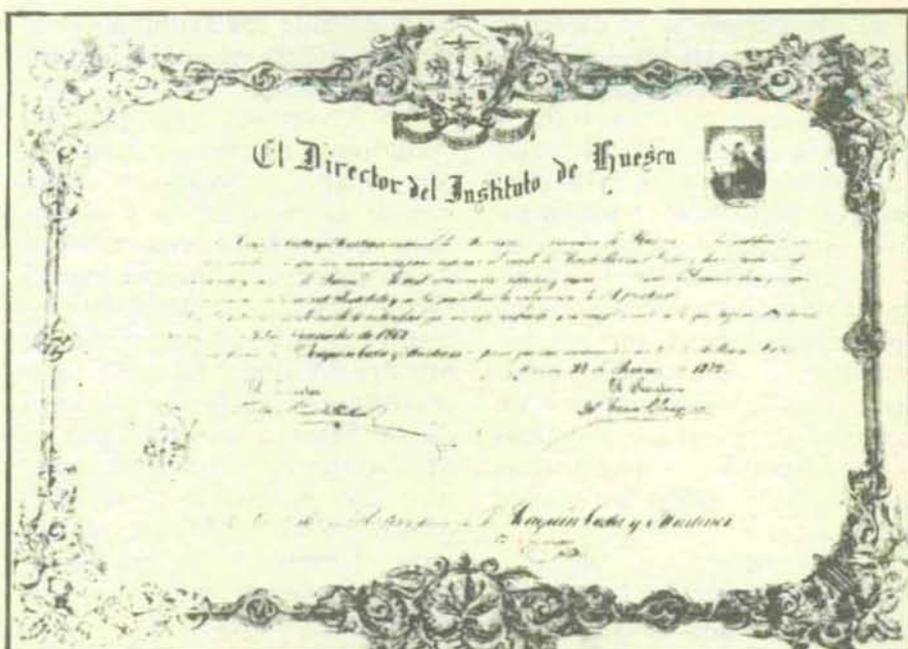
Costa irrumpe de lleno en la vida política activa.

La construcción del partido

Simultáneamente a esta agitación política de la pequeña burguesía agraria la pequeña burguesía urbana daba pasos similares en la dirección de dotarse de organismos políticos que la representasen adecuadamente ante los poderes de la oligarquía: la lucha política a través de la instrumentalización «ad hoc» de las Cámaras de Comercio. Así, Basilio Paraíso, presidente de la Cámara de Comercio de Zaragoza, y Santiago Alba convocan una asamblea nacional de Cámaras de Comercio en la capital aragonesa, en el otoño de 1896, que decide constituirse como una comisión permanente de las Cámaras de Comercio con un programa muy similar al pensamiento costista adaptado a esta fracción social urbana.

Inmediatamente Joaquín Costa capta la importancia de este movimiento y la posibilidad que ofrece para formar una alianza entre los dos sectores de la pequeña burguesía con vistas a crear un partido político de las clases medias urbanas y rurales. Así, en la Asamblea Nacional de Productores del invierno de 1899, convocada por la Cámara Agrícola del Alto Aragón, propone la constitución de un partido: «renunciemos al recurso de las Ligas nacionales por inadecuado e insuficiente, y concluyamos diciendo que las clases representadas debieron crear una organización apta para las luchas políticas activas y para la gobernación del Estado, reelaborar su problema y hacerlo aceptable para ganar la adhesión de una parte considerable del país». Sin embargo, esta iniciativa es derrotada y la asamblea de productores opta por la elección de crear una Liga Nacional de Productores.

Mas la realidad no iba a tar-



Titulo de bachiller de Joaquín Costa, expedido por el Instituto de Huesca con fecha 27 de junio de 1872.

dar en ir en ayuda de los proyectos y las tesis de Joaquín Costa: la reforma tributaria de 1899 de Villaverde desató las protestas de los que tuvieron que cargar con el máximo peso de los tributos: los comerciantes y los industriales medios. De ahí la convocatoria por la Comisión Permanente de las Cámaras de Comercio de la Asamblea Nacional en Valladolid para el 14 de enero de 1900 y la invitación a todos los círculos mercantiles, asociaciones de productores, sociedades económicas, liga de labradores, juntas sindicales, gremios. Ante este nuevo hecho, que iba en la dirección de los propósitos políticos de Costa, el político aragonés suspende la convocatoria de su propia asamblea, convocada con anterioridad, y aconseja y recomienda a todas las organizaciones agrarias acudir a Valladolid. Allí la pequeña burguesía urbana decide constituirse en partido político, Unión Nacional, e invitar a la pequeña burguesía agraria a sumarse a la nueva organización: Joaquín Costa y la Liga Nacional de Productores son llamados expresamente a ingresar en la recién creada Unión Nacional «con justa preeminencia».

El programa de la pequeña burguesía

Y lo más decisivo de esta reunión vallisoletana es la redacción de un programa que expresa las inquietudes de la pequeña burguesía en un momento de amplia crisis nacional provocada por la constatación del desastre de 1898. Aunque en este texto no interviene directamente la pluma de Joaquín Costa, es bastante evidente que la inspiración del pensamiento costista está presente y bien presente a lo largo de sus párrafos: de hecho, es un complemento y adaptación de los mensajes de Costa:

a) Reorganizar la justicia retribuyéndola mejor, haciendo efectiva su independencia y fácil y realmente exigible su responsabilidad.

b) Reorganizar la enseñanza, acometiendo la obra de la educación integral obligatoria y gratuita, retribuyendo debidamente al profesorado.

c) Reorganizar el sistema político sobre la base de una representación electoral verdadera y de una purificación del Parlamento invadido y dominado hoy por los funcionarios.

d) **Reorganizar el ejército**, sobre la base del servicio obligatorio; desarticulando su actual presupuesto para reducir en mayor escala las categorías superiores y los altos e inútiles cuerpos consultivos; mejorando la situación de la oficialidad y del soldado; dotando, merced a una reducción máxima del contingente y una mejor distribución de los gastos militares, las consignaciones de material de guerra y prácticas e interviniendo la administración civil de todos los gastos militares.

e) **Reorganizar la Marina**, poniendo término a las escandalosas prodigalidades que hoy distinguen su presupuesto; reduciendo estrictamente éste a las necesidades presentes del país y al número de barcos útiles que poseemos; aprovechando en el mar el entusiasmo y la inteligencia del personal; procurando nuevas y mejores construcciones; interviniendo, asimismo, la administración civil los gastos de la Marina; y refundiendo en uno solo este ministerio y el de la Guerra.

f) **Reorganizar la Administración Civil**, iniciando la amortización de todas las vacantes mientras no se halle hecha en cada ramo la reorganización; creando la carrera administrativa con inamovilidad y estrecha responsabilidad y dotando mejor a las categorías inferiores.

g) **Reorganizar la Administración provincial y municipal**, poniendo término a los escandalosos abusos que a diario acomete con la mayor impunidad un desenfrenado caciquismo, procurando la sustitución del impuesto de consumos, y mientras no sea posible esto, modificando la forma actual de repartimiento.

h) **Transformar el procedimiento administrativo**, haciendo éste más sencillo para el contribuyente y el Estado; asegurando el cumplimiento de los plazos legales hoy observados, con una sanción en el Código Penal e indemnización

exigible ante los Tribunales, de los perjuicios que tales demandas acusen.

i) **Acometer una política económica rigorista y resuelta**, que alcance a todos los órdenes de la producción y el trabajo; estimule la iniciativa privada, favorezca nuestra exportación, facilite el consumo interior, impulse el desarrollo de nuestra Marina Mercante, sustrayéndola de la jurisdicción de la Marina y llevándola al Ministerio de Fomento; organice por el Estado el servicio de los paquetes postales y asegure el mercado de las naciones americanas para los productos españoles.

j) **Mejorar la situación de las clases obreras**, llevando aquellas reformas ya ensayadas con éxito en otros países.

k) **Revisar los monopolios concedidos por el Estado**, respetando la libertad de industria, anulando los arrendamientos que adolezcan de vicios de origen, concediendo el libre cultivo del tabaco.

Nada tiene de extraño por ello, y a pesar de algunos resquemores personales o de celos de organización, que el primero de marzo de 1900 la Liga Nacional de Productores y las Cámaras de Comercio se fusionen; confirmándose la nueva denominación de Unión Nacional como nueva sigla unitaria de la unidad orgánica de las entidades representativas de los intereses de la pequeña burguesía urbana y rural. Las llamadas clases neutras iniciaban su ascenso hacia el escenario político de la mano del pensamiento costista.

De la teoría a la práctica

Sin embargo, todo este conjunto de análisis y conclusiones teóricas no resistieron el paso por la práctica: en menos de un año la potente Unión Nacional había, prácticamente, desaparecido como fuerza polí-

tica y social y el propio Joaquín Costa la había abandonado camino de la soledad política tras un breve paso por Unión Republicana. Pocas organizaciones políticas han durado tan poco tiempo a partir de un proyecto teórico y de una base social de indudable peso y clara representatividad.

La prueba de fuego del nuevo partido la tuvo que pasar con pésimo resultado nada más constituirse como organización política: la redacción y entrega de un mensaje de protesta al presidente del Congreso de los Diputados. Redactado por Joaquín Costa debería de coincidir con una manifestación general en Madrid y en provincias ante la autoridad civil junto con el envío de numerosos telegramas al presidente del Congreso. El primer problema se planteó con la prohibición de la convocada manifestación madrileña por el gobernador civil de la capital y la consiguiente suspensión del resto de las acciones de masas en las provincias: ¿pagar o no los nuevos tributos que habían motivado toda esta agitación política y la fundación de este movimiento sociopolítico de la pequeña burguesía?

La tesis de Costa de pactar el pago y orientar al recién creado partido en una labor de largo plazo, dirigida a la concienciación de las clases medias, fue derrotada y Unión Nacional se decidió por la opción de la llamada resistencia pasiva a la vez que solicitaba una entrevista con la reina regente y el envío de los contribuyentes de telegramas al palacio Real contra el Gobierno denunciándolo como un factor de desorden público. Joaquín Costa no sólo vota en contra, sino que se desolidariza públicamente de esta última iniciativa de presionar postalmente sobre la Jefatura del Estado. El resultado de este desafío al Gobierno acabó como predecía Costa, con el más absoluto fracaso después de las medidas represivas gubernamentales:

suspensión de garantías personales, cierre de las entidades sociales de las clases mercantiles e industriales, embargos, etc.

Nada más terminar el verano, Joaquín Costa abandona una Unión Nacional que ya no tiene nada que ver con la creada seis meses antes: ahora han adoptado la tesis de Costa en lo referente a la necesidad de una lucha legal y parlamentaria, pero descafeinándola como organización de los intereses de la pequeña burguesía: la

Unión Nacional no es más que otro tinglado político a sumarse a los ya existentes en el montaje de la Restauración y que no tardaría en desaparecer. Lógico porque su única actuación política, la movilización contra los tributos, fracasó estrepitosamente y obtuvo el mismo resultado que otra convocatoria similar realizada en Barcelona un año antes: «el tancament de caixes». Con lo que el nuevo partido había ya demostrado su inutilidad política: antes o después de su

existencia como colectivo político la actuación de las clases neutras era neutralizada rápidamente y sin muchos problemas por el Gobierno.

La coyuntura y la estructura

A partir de este dato se ha escrito mucho sobre la incapacidad política de Joaquín Costa, contraponiéndolo al hombre de acción que debe ser todo político, o sus deformadoras características personales que lo hacían poco viable para el trabajo político; sin embargo, y aunque todos estos condicionamientos intelectuales y humanos hayan podido jugar un papel en el gran fracaso político de Costa, parece evidente que la causa última de su ausencia de éxito hay que encontrarla en la coyuntura política que le tocara vivir y en la estructura social del país que determinaba toda su actuación pública.

Es claro que la misma coyuntura que facilitara el salto político a la creación de la Unión Nacional, la reforma tributaria de Villaverde a finales del siglo pasado, facilitó, asimismo, el hundimiento de este proyecto político; mientras que la pequeña burguesía agraria tenía una visión a más largo plazo de la táctica y estrategia política a desarrollar —en función de sus necesidades y del papel que jugaba en la economía del país— la pequeña burguesía urbana miraba a muy corto plazo: no pagar los nuevos impuestos. Es decir, no es Joaquín Costa quien consigue la alianza de este sector social de las ciudades, sino que son ellos quienes consiguen la movilización del campo en favor de una de sus reivindicaciones más urgentes e inaplazables. Así, el intento de Costa de dotar a la Unión Nacional de una perspectiva política global chocó con la intencionalidad de quienes habían



La hija de Costa, Pilar Antigone Costa Palacín.



Ultima fotografía de Joaquín Costa, en vida.

decidido crear un partido sólo para movilizarse en función de una protesta.

En el fondo de esta contraposición de intereses, que es la que marca la muerte de la Unión Nacional, existe un problema estructural: la imposibilidad de alianza de una pequeña burguesía rural, extensa y enfrentada frontalmente a la oligarquía agraria, con una pequeña burguesía urbana, mini-

ma por aquel entonces y subordinada a la oligarquía urbana. Como señala, con razón, el profesor Tierno Galván, la causa de este fracaso es de orden económico al recoger los siguientes datos de la «Historia Económica y Social de España» de Vicens Vives: «al aproximarse el siglo XIX se inicia una fase de recuperación de precios, que comprende de 1835 a 1913... en España se nota con bríos el empujón y así se pasa del índice 75 en 1869 al 90 en 1898. De este año a 1913 se alcanza un techo de estabilidad de acuerdo con la política de equilibrio presupuestario y de saneamiento financiero. Los índices conocen tres máximos: 1905, 1907 y 1913, y dos mínimos, 1903 y 1911. Estas oscilaciones mínimas responden a la firmeza de la situación económica interna y al mercado internacional».

Evidentemente este cuadro socioeconómico, que se traduce en una manifiesta elevación del nivel de vida en las clases acomodadas urbanas, no es el más oportuno para desarrollar toda una política antioligárquica del conjunto de la pequeña burguesía. Aun en la imposible hipótesis de que ello hubiera sido posible, recordamos de nuevo la estructura de la sociedad española que imposibilitaba este tipo de operaciones políticas, Joaquín Costa hubiera fracasado irreversiblemente en sus objetivos de buscar un aliado político a los intereses de una pequeña burguesía agraria; que se debatía en las angustias de los inicios de un desarrollo capitalista del campo por la vía prusiana: la Restauración se había montado a partir del acuerdo político entre la burguesía financiera e industrial con los grandes oligarcas agrícolas latifundistas. Al contrario de la vía americana de desarrollo de la agricultura, que había pasado por la reforma agraria y la distribución de las tierras a los campesinos pobres y medios, la vía prusiana que se imponía en España su-

ponía la liquidación de esta pequeña burguesía como sector social a medio y largo plazo.

Sólo quedaba una clase social con la que teóricamente era posible unirse: la clase obrera. Pero esta alianza era tan imposible como la anterior, puesto que a su vez esta pequeña burguesía rural chocaba con un extenso proletariado agrícola y con la ascensión política de las organizaciones obreras de carácter socialista o anarquista. Y ello era un paso que nadie que encarnara este bloque social estaba dispuesto a dar; de ahí que cuando Joaquín Costa presenta su informe sobre «Oligarquía y Caciquismo» en el Ateneo madrileño en el año 1902 sólo pueda realizar un alegato sobre la situación del campesinado español sin poder presentar el remedio viable para esta situación que denunciaba. La descripción y el análisis era acertado y correcto, la conclusión inexistente, inviable e inútil. Su fracaso estaba escrito ya desde el primer momento en que iniciara la tarea de representar a un sector social que estaba condenado por el desarrollo histórico a subsistir en solitario antes de su desaparición progresiva. A este respecto no deja de ser curioso que los componentes de la efímera Unión Nacional estuviesen, por lo general, en bandos contendientes opuestos durante la guerra civil: la pequeña burguesía agraria fue uno de los principales soportes sociales de la rebelión contra la legitimidad republicana y la pequeña burguesía urbana, concentrada en media docena de ciudades, uno de los apoyos más firmes de la experiencia de la república.

Los herederos del costismo

El fracaso político de la Unión Nacional marca el declive de este pensador político y,

tras una breve experiencia en Unión Republicana que también acaba por abandonar, se encierra en su pueblo hasta que muere en 1911; con la excepción de algunas apariciones por Madrid y algunas que otras intervenciones públicas, sobre distintos temas, Joaquín Costa es un cadáver —agotado y disminuido por su grave enfermedad— que es enterrado, finalmente, en Zaragoza tras una serie de peripecias que rodearon su entierro protagonizadas por quienes más le combatieron.

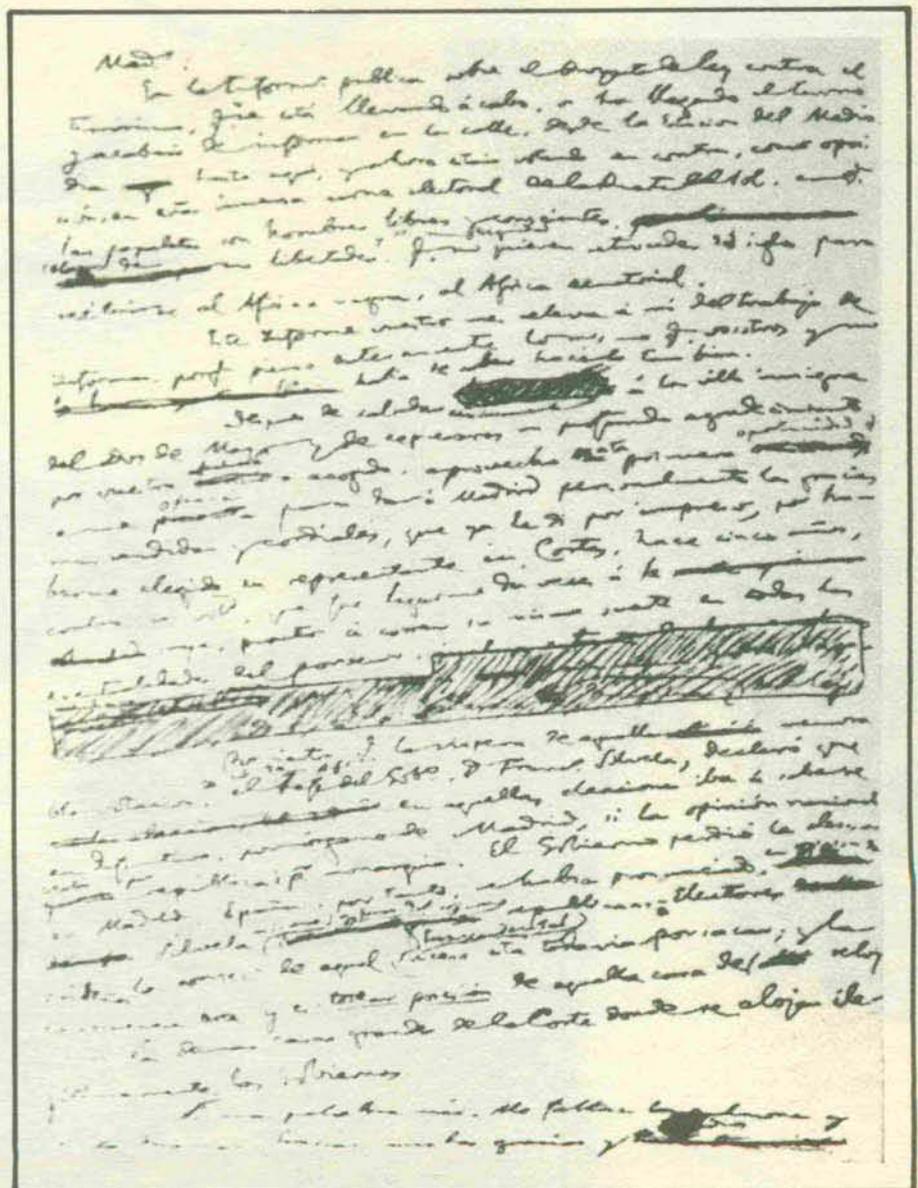
A partir de entonces el pensamiento de Costa, como escribe el profesor Tierno Galván «permanece en lactancia» y reaparece cuando el país vivió otra vez momentos de grave perturbación política y económica y se hizo patente la necesidad de soluciones concretas y programas que evitaren y recogieran la amenaza de la revolución. Es otro grupo generacional quien recoge a Costa; es el grupo generacional que asoció a Costa con el fascismo. Ya antes, durante la dictablanda de Primo Rivera y la fundación de uno de los grupos que convergieron en la creación de la Falange (la JONS), empezaba a reaparecer una lectura de derechas del pensamiento costista que recuperaba todo su planteamiento nacional, toda su exaltación de la pequeña burguesía rural y toda su atracción por la necesidad de una dictadura dirigida por un cirujano de hierro.

No es que el movimiento fascista que se plasma en la república y en las vísperas de la guerra civil sea costista, sino que este movimiento lleva hasta sus últimas consecuencias los planteamientos de Joaquín Costa, tanto en lo que se refiere al pensamiento político, esqueleto orgánico corporativista y gremialista y a la forma dictatorial del Estado. Con razón, señala Tierno Galván, que la presencia del costismo y su significación, en cuanto síntoma de lo que ciertos sectores del

país veían como salvación y engrandecimiento nacional, justifica la rapidez con que se construyó un andamiaje teórico de contenido español en el sector fascista de las fuerzas contendientes en la última guerra civil española: la movilización del campesinado se hizo en base a la formulación de las ideas de Costa.

Pero esta resurrección del pensamiento de Costa es un «boomerang» sangrante contra el propio pensador y el mismo campesinado: el costismo fue una ideología más a utilizar para vencer a la República proporcionando la cobertura populista para acabar con los intereses realmente populares. Después el desarrollo capitalis-

ta del campo español por la vía prusiana se intensificaría, y de qué manera, y la pequeña burguesía agraria pagaría los costos económicos, sociales y humanos de tal tipo de crecimiento socioeconómico. Al fin y al cabo una parte del Ejército había escuchado el llamamiento de Joaquín Costa a los militares del 22 de enero de 1911, pocos días antes de su fallecimiento, en el que expresaba la esperanza de que «la parte sana del ejército ponga término a la francachela del presupuesto nacional y lo encamine al desenvolvimiento de la riqueza pública y de la cultura nacional y a lograr una recta administración de la justicia». ■ F. L. A.



Borrador de un discurso de Joaquín Costa.